

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

The Future Growth of World Population (El crecimiento futuro de la población mundial), Population Studies Nº 28, Naciones Unidas, Departamento de Asuntos Económicos y Sociales, Nueva York, 1958, pp. viii + 75.

En su reciente libro, *Economic Backwardness and Economic Growth* (Atraso económico y crecimiento económico), Harvey Leibenstein, de la Universidad de California, señala el divorcio que existe entre la economía y la demografía en el campo de las ciencias sociales modernas; en su opinión, aquel hecho se debe a que la teoría económica moderna ha dirigido su atención a los problemas de corto plazo, en los que la variable del crecimiento demográfico tiene muy poca importancia. Sin embargo, el autor sostiene la tesis de que “una vez que volvemos los ojos, como economistas, a aquellos problemas de largo plazo, como el del crecimiento económico, la existencia del elemento externo (el crecimiento demográfico), hecho a un lado anteriormente en el estudio y pensamiento, debe considerarse de nuevo”.

El énfasis depositado por Leibenstein en la urgente necesidad de elaborar una teoría del desarrollo económico, combinada con una teoría del crecimiento demográfico, se subraya ampliamente en el estudio de las Naciones Unidas, que debe considerarse como una de las más importantes contribuciones de ese organismo para el conocimiento de los problemas a los que se enfrenta el mundo contemporáneo.

Puede afirmarse que esta nueva aventura de los expertos de las Naciones Unidas en el campo de las proyecciones a largo plazo de la población mundial (véanse los estudios anteriores: *The Past and Future Growth of World Population—A Long-Range View*, Boletín Demográfico de las Naciones Unidas, diciembre de 1951; y *Framework for Future Population Estimates, 1950-1980, by World Regions*, Documento de la Conferencia sobre Población Mundial, vol. III, Naciones Unidas, 1955) es de gran importancia, por dos razones distin-

tas. Primero, se trata probablemente del intento más reciente para estimar la población mundial, por un período que se extiende hasta el año 2000, haciendo uso de los instrumentos metodológicos más adelantados. Segundo, porque modifica las estimaciones previas de las Naciones Unidas para las próximas décadas, en función de los nuevos datos disponibles y del mejoramiento de la metodología.

El estudio en cuestión indica que “nunca, en la historia de la humanidad, se había multiplicado tan rápidamente el número de seres humanos como en el siglo actual, y que no es fácil concebir que la población mundial siga creciendo a un ritmo similar durante el próximo”. Si se mantuviera el ritmo actual de crecimiento de la población mundial (que se encuentra todavía en su fase ascendente) se llegaría, en dos generaciones más, a la cifra de 6 000 millones de habitantes, y a más de 20 000 millones a fines del siglo xxi, en comparación con la población mundial actual de 2 800 millones.

Las siguientes cifras, citadas por el estudio de las Naciones Unidas, dan una idea de las tendencias demográficas y de las posibles consecuencias socioeconómicas que traería aparejada la “explosión demográfica” que está ocurriendo en todo el mundo. Para que la población mundial se duplicara, hasta alcanzar el nivel de 1 250 millones en 1860, fue necesario que transcurrieran dos siglos, y noventa años más para que se duplicara nuevamente hasta alcanzar la cifra de 2 500 millones en 1950. De 1950 a 1975 deberán agregarse 1 250 millones de seres más, así como 2 500 millones durante los últimos veinticinco años del siglo en curso. Es decir, que la población mundial se cuadruplicará durante el siglo actual, pasando de 1 550 millones en 1900, a más de 6 000 millones en el año 2000.

De acuerdo con el estudio de las Naciones Unidas, sería absurdo efectuar estimaciones detalladas para un futuro más remoto si se toma en cuenta que ya es difícil imaginar las condiciones que prevalecerán en un mundo poblado por dos veces más seres humanos que en la actualidad. Sin embargo, a menos que cambien básicamente las tendencias de mortalidad y fertilidad observados a mediados del siglo xx, en virtud de ciertos factores actualmente ausentes, la población mundial será cuando menos diez veces mayor a la de 1950. "No podría afirmarse —declaran los expertos de las Naciones Unidas— que dicho crecimiento sea imposible; no obstante, sería difícil concebir en la época actual los tremendos cambios que se requerirían en la organización humana para poder sostenerlo."

Sería ocioso especular en relación con lo que ocurrirá dentro de un siglo, para llegar a la conclusión de que será necesario llevar a cabo enormes ajustes en la organización humana y, por ende, en el campo de la teoría y de la política socioeconómicas. Suponiendo que no ocurra un cataclismo político de alcance mundial en el curso de los próximos veinte años (hasta 1975), la posición demográfica relativa de las principales regiones del mundo cambiará en forma radical, en virtud de las marcadas diferencias regionales que afectan a las tasas del crecimiento demográfico. Dichos cambios se acentuarán aún más durante los últimos veinticinco años del siglo actual.

Las estimaciones siguientes de la población, por regiones, para los años de 1975 y 2000, ilustran ese punto:

	1950	1975	2000
TOTAL MUNDIAL	2 497	3 828	6 267
África	199	303	517
América del Norte *	168	240	312
América Latina	163	303	592
Asia	1 380	2 210	3 870
Europa (excluyendo la U.R.S.S.)	394	476	567
U.R.S.S.	180	275	380

* Estados Unidos y el Canadá.

La simple ojeada a las cifras anteriores revela que la explosión demográfica está afectando a todos los continentes y regiones subdesarrollados. Durante el transcurso de un cuarto de siglo (1950-1975), la población de los centros industriales del mundo (América del Norte, Europa y la U.R.S.S.) aumentará aproximadamente 250 millones (es decir, en una tercera parte), mientras que la población de las regiones subdesarrolladas (África, Asia y América Latina) se incrementará en casi 1 100 millones (es decir, en más del 60%). Dentro de los próximos veinte años —1975— el solo incremento de la población de los tres continentes subdesarrollados será mayor a la población total de las naciones industrializadas. Entre este año y el año 2000, la población de los centros industriales del mundo actual aumentará probablemente 270 millones, en tanto que la población del resto del mundo subdesarrollado crecerá cerca de 2 200 millones. Para fines del siglo, la proporción entre esos dos sectores de la población mundial será de 4 a 1, en comparación con 2.3 a 1 correspondiente a 1950. (La unidad representa la población de América del Norte, Europa y la U.R.S.S.)

Las cifras anteriores son concluyentes para que la moderna teoría del desarrollo económico y la política de las naciones subdesarrolladas dejen de considerar el crecimiento demográfico como una variable exógena de importancia secundaria. El incremento de 50% que ocurrirá en China, India, Egipto, Brasil y México, en el curso de las dos próximas décadas, convierte en obsoletas las soluciones políticas y teóricas de la actualidad sobre el problema del desarrollo económico. Es necesario subrayar que el moderno crecimiento económico, que tuvo lugar tanto dentro de la estructura institucional capitalista como socialista, ocurrió con anterioridad al inicio de la explosión demográfica actual. En Occidente, el desarrollo económico y la industrialización se realizaron tanto en las naciones subpobladas por inmigrantes —Estados

Unidos y ciertos dominios británicos—, como en Europa Occidental, en donde la relación entre la población y los recursos disponibles era mucho más ventajosa, a mediados del siglo xix, que en las regiones subdesarrolladas de nuestros días. Aunque es verdad que en Europa Occidental se presentó también una cierta “explosión demográfica”, en la fase inicial de la industrialización, aquélla no puede compararse, dada su magnitud y duración relativamente breve, con las tendencias demográficas actuales de Asia, África y Latinoamérica. Por otra parte, el crecimiento económico socialista de la Unión Soviética ocurrió también en un país relativamente subpoblado y con recursos suficientes. Por consiguiente, las naciones subdesarrolladas que se inician *actualmente* en la fase de desarrollo económico, pueden aprender muy poco de sus predecesoras en relación con los problemas demográfico-económicos, ya que éstas, incluyendo los Estados Unidos y la Unión Soviética, emprendieron su crecimiento económico en condiciones totalmente distintas. La negación de la existencia del elemento población como factor importante del crecimiento económico, que es una característica de la li-

teratura económica marxista, tiene sus raíces, evidentemente, en la experiencia histórica de los autores que vivieron en épocas y en países en donde el factor demográfico era de importancia secundaria. La explosión demográfica del siglo xx, que obedece al progreso tecnológico y científico, es un acontecimiento tan novedoso como la propia tasa del progreso tecnológico. Aquélla debe afectar a la teoría y política socioeconómica, del mismo modo que las armas atómicas han cambiado ante nuestros propios ojos la teoría y política militar tanto en el mundo capitalista como en el socialista.

El propósito de la presente nota no aboga por alguna solución particular de los problemas demográficos, sino que pretende llamar la atención sobre el panorama que se presentará en el porvenir de acuerdo con los principales expertos mundiales, en función del crecimiento de la población mundial. En lo que concierne a nuestro interés particular, equivale a apoyar el llamado de Leibenstein para llevar a cabo la integración de la teoría del desarrollo económico y de la teoría del crecimiento demográfico.

MIGUEL S. WIONCZEK

World Economic Survey, 1957, United Nations, Department of Social and Economic Affairs, 1958, pp. xvi + 227.

Los *estudios de la economía mundial*, publicados anualmente a partir de 1948 por el Departamento de Asuntos Económicos y Sociales de la ONU, ocupan un lugar muy importante en la literatura económica contemporánea, dada su alta calidad científica y honestidad intelectual. Sin embargo, su utilidad para los economistas profesionales y para los encargados de la elaboración de la política económica de distintos países ha sido mayor todavía en el curso de los últimos años, al haberse introducido ciertos cambios en el enfoque de estos documentos.

Hasta el año de 1955, los *Estudios* se limitaban a la descripción y análisis de la situación económica mundial registra-

da en el año anterior a la fecha de publicación del volumen respectivo. Los informes que aparecieron entre 1948 y 1954 estudiaron también, aunque en forma marginal, las tendencias a plazo más largo de la economía mundial, y presentaron las referencias necesarias para formarse una idea del panorama económico existente en un año determinado. No obstante, antes de 1955, ningún Estudio de la serie se extendió en el análisis más amplio de los fenómenos económicos.

Los Estudios de la Economía Mundial, publicados en los tres últimos años, difieren de los anteriores al incluir el estudio de los problemas específicos a los que tenía que hacer frente la economía

mundial en todo el período posbélico. Así, el *Estudio de la Economía Mundial de 1955* analizó los cambios observados en la producción y el comercio mundial desde el término de la guerra; el de 1956 estudió detenidamente los problemas de balanza de pagos en el último decenio y, el de 1957, publicado a mediados del año pasado, trató en su primera parte los problemas relacionados con la inflación en los años de la década 1950-59.

El propósito de esta nota es llamar la atención de los economistas latinoamericanos sobre un capítulo del último *Estudio*: el que corresponde a la sección que examina las presiones inflacionarias en la economía mundial contemporánea, en el cual se describe y analiza el mecanismo inflacionario que actúa en las economías subdesarrolladas.

Desde su iniciación, los *Estudios* dividían la economía mundial, con propósitos de análisis, en tres sectores: uno que comprendía los centros industriales del mundo occidental; otro que abarcaba a los países subdesarrollados, y un tercero que se refería a las economías planificadas centralmente (miembros del bloque socialista). Esta diferenciación (abierta a ciertas críticas por el surgimiento en nuestra época de un número considerable de países que, como México, ya no pueden considerarse subdesarrollados, aunque tampoco pertenecen al grupo de los desarrollados) ha tenido generalmente resultados muy satisfactorios, ya que permite darle cierta claridad al análisis. Los estudios sobre las tendencias y problemas mundiales a largo plazo, que se incluyen en las ediciones recientes del *Estudio*, han seguido el mismo sistema de clasificación anterior. Por lo que se refiere al estudio del problema de la inflación, la división de países en los grupos anotados resultó extremadamente instructiva.

El valor del breve análisis de los mecanismos inflacionarios de las economías subdesarrolladas, publicado en la primera parte del *Estudio* de 1957, no reside en su originalidad, si bien sería difícil lograr originalidad en una época en que apare-

cen constantemente estudios que tratan el tema del desarrollo económico y en la que todos los investigadores sobre la materia tienen algo que decir sobre la incompatibilidad de las dos metas a lograr: la del desarrollo rápido y la de la estabilidad monetaria. El valor del capítulo a que nos referimos se debe al hecho de que sus autores han logrado definir los posibles orígenes y mecanismos de transmisión de las presiones inflacionarias en una economía subdesarrollada y poner de manifiesto con toda claridad que estos mecanismos difieren en gran medida de las descripciones de la inflación que aparecen en la mayoría de los libros de texto (especialmente de los libros escritos por los economistas cuyas experiencias se limitan a los países económicamente desarrollados).

La confusión es tan grande a este respecto, lo mismo en nuestros países que en los países económicamente desarrollados, que da lugar a que la mayoría de las "recetas" elaboradas por los expertos económicos de los países desarrollados para combatir la inflación en las economías atrasadas, no sirvan para nada; y que los planes de estabilización, preparados en los mismos países subdesarrollados, tampoco den los resultados esperados. El lector de esta nota advertirá que tiene que ser así, si se toma en cuenta, entre otros muchos elementos, que:

lo que caracteriza el problema en los países subdesarrollados es la posibilidad de que la amenaza de una demanda total excesiva imponga limitaciones demasiado estrechas, no sólo a la asignación de los recursos, sino también a la tasa a que éstos pueden utilizarse. La razón de ello radica en el hecho de que la oferta de bienes de consumo se encuentra limitada en los países subdesarrollados por el nivel y las características estructurales del desarrollo alcanzado en un momento dado, y que la misma no puede expandirse con libertad de manera que se compensen los aumentos de la demanda. De lo anterior se desprende que, aun existiendo una oferta adecuada de mano de obra y de materiales y equipo para llevar a cabo una inversión adicional sin que se

reduzca la oferta de bienes de consumo y aun cuando fuera posible expandir simultáneamente la inversión y el consumo, la economía puede verse sujeta a intensas presiones inflacionarias si el incremento en la oferta no puede compensarse con el incremento generado en la demanda de bienes de consumo, a través del producto y el ingreso agregados. En esta forma, pueden condenarse al ocio los recursos que de otra manera hubieran podido utilizarse para incrementar tanto la inversión como el consumo; todo ello se debe a las dificultades que obstaculizan el equilibrio entre la producción de bienes de consumo y la de bienes de inversión, que correspondería a las proporciones en que ambos puedan demandarse. (World Economic Survey, 1957, p. 11.)

El análisis realizado por los expertos de la ONU reitera la opinión de que no sólo existen diferencias básicas en la naturaleza de las presiones inflacionarias de los países adelantados y los subdesarrollados, sino que también, como consecuencia de los numerosos factores que pueden participar en el surgimiento y propagación de la inflación en una economía atrasada, no existen en esta parte del mundo dos inflaciones iguales. Este último descubrimiento tiene implicaciones muy importantes para la política económica, ya que demuestra que no pueden existir "recetas" antiinflacionarias de aplicación general. No obstante, la política de desarrollo en condiciones de relativa estabilidad requiere de ciertos requisitos previos.

Éstos pueden reducirse a la coordinación de la política de producción con las políticas fiscal y monetaria. La primera

—destaca el trabajo— aseguraría la mejor asignación de los recursos mediante la eliminación de las rigideces y los estrangulamientos presentes en una economía subdesarrollada; la segunda se ocuparía de la movilización de los recursos para la inversión y, a través de la mejor distribución del ingreso, permitiría ampliar la base para el desarrollo futuro; la última aseguraría la relación adecuada entre el ingreso monetario y la producción.

Por supuesto, dada la presencia del ciclo económico internacional y la sensibilidad extrema de las economías subdesarrolladas ante las presiones inflacionarias y deflacionarias originadas en los centros industriales, la coordinación interna de la política de producción con las políticas fiscal y monetaria no daría la seguridad de que se obtendría el desarrollo en condiciones de estabilidad. Los autores del *Estudio de la economía mundial* no se hacen semejantes ilusiones. Sin embargo, la coordinación daría como resultado una tasa mayor de desarrollo en condiciones de menor inestabilidad. Por supuesto, las dificultades que surgen son de orden político más que económico, pues la coordinación de las tres políticas comprendería, en la mayoría de los casos, la elaboración de políticas de producción y fiscales opuestas a los intereses de las clases dirigentes de muchos de los países subdesarrollados y aun de los países que ya pertenecen a un grupo intermedio.

MIGUEL S. WIONCZEK